

EL CONTRABANDISTA DE LA RAYA



Hace ya algún tiempo, los pueblos que bordean la Sierra de la Culebra vivieron unos años en los que el riesgo y el miedo eran ingredientes cotidianos para ganarse el pan y la vida. En esa época, el contrabando a pequeña escala suponía un alivio para las gentes que con más o menos estrecheces vivían por aquel lugar. Se trataba de una actividad esporádica que permitía sobrellevar las penurias y que, por ser ilegal, los agentes que vigilaban la raya se esforzaban en atajar. El sigilo era condición indispensable para la buena práctica de dicho oficio. Para mayor seguridad, el contrabandista solía hacer el viaje de noche y en solitario, transportando la carga a hombros o a lomos de una caballería de confianza. Con la mercancía a cuestas, remontaba montes y cruzaba valles por senderos tortuosos y parajes de difícil acceso hasta llegar a destino, a veces bastante alejado, donde el precio de la mercancía multiplicaba su valor.

El ti Marcos fue uno de esos intrépidos personajes que se escurrían en las sombras de la noche para saltar al otro lado de la raya. Era un hombre inquieto, de baja estatura y sobrado coraje. Protegía su lampiña cabeza con una boina negra, decolorada y áspera, de la que nunca se desprendía, quizás para que el cuero terso, blanquecino y brillante no sirviera de señuelo en el monte. En el oficio lo instruyó su padre, al que acompañó en numerosas ocasiones siendo poco más que un chaval. A su lado transitó por senderos ocultos, hizo amistad con contactos de acá y de allá y aprendió a distinguir los ruidos de la noche. Sonidos que unas veces resultaban familiares, otras desconocidos y, en ocasiones, misteriosos y amenazantes.

Con ropa de pana negra, salpicada de rayones por el pringue de las jaras, acompañado de una burra gris muy dócil, aquel hombre, enjuto y vivaracho, se echaba de cuando en vez al monte en busca de una carga de buen café. Se había convertido en el traficante más hábil y astuto de la zona, capaz de colocar el contrabando más allá de La Carballada. Todos, incluidos los guardias, sabían de sus andanzas, que hábilmente compaginaba con las labores del campo y otros quehaceres ocasionales.

—Marcos, ¿por qué siembras solo cebada y no siembras trigo como todo el mundo? —le inquirió una vez un vecino por su falta de ambición.

—No, el trigo se seca muy tarde y pierdo tiempo, con la cebada temprana tengo bastante para el ganado —argumentaba él, frente al rostro atónito de aquel hombre volcado en la siega del trigo.

Un día de final de verano, cuando el resto de la vecindad todavía estaba trillando el trigo en la era, el ti Marcos decidió hacer uno de esos viajes al más allá. Aparejó su

burra y se dirigió a la frontera. Pensaba pasar las horas del día en casa de su socio del país vecino y, al atardecer, iniciar el viaje de regreso con la preciada mercancía. Los guardias de frontera que hacían el turno de vigilancia aquella tarde lo avistaron y sospecharon de él. Les llamó la atención que a lomos de su jumento llevaba un par de aperos de labranza de cuestionable utilidad. Al finalizar su servicio, dieron cuenta para reforzar la vigilancia en los caminos y sendas que solían utilizar los contrabandistas. Sin embargo, una vecina del tío Marcos, que estaba con las vacas en un prado próximo, se dio cuenta de los movimientos de los agentes y del seguimiento que le hacían a distancia. Nada más regresar a casa advirtió a su mujer. Al momento, un sobrino con el cual Marcos ya había hecho algún viaje, se echó al monte para tratar de advertir a su tío. Le estuvo aguardando en un cruce por el que tenía que pasar. Cerca del atardecer apareció y el sobrino le puso sobre aviso. Decidieron dejar la mercancía a buen recaudo y preparar una coartada.

Ambos se encaminaron a una pradera donde acudía a sestar un rebaño de ovejas los días de calor. Allí aguardaron hasta la puesta del sol para iniciar la marcha. La noche era clara y apacible. Una luna completamente redonda se había izado sobre el naciente llenando las colinas de la sierra con una luz tenue y difusa que acentuaba los altozanos y dibujaba la silueta de las cumbres a lo lejos. Juntos patearon un trecho del camino. Al llegar a un cruce, el tío Marcos se separó de su sobrino y se dispuso a continuar la travesía en otra dirección. Ya llevaba un buen ramal del sendero recorrido en soledad cuando, a punto de coronar una loma, se vio sorprendido por una voz.

—¡¡Alto, la Guardia Civil!! ¿Quién va? —le ordenaron desde el borde del camino dos guardias puestos en pie.

—Soy Marcos. Un vecino del pueblo —contestó mientras tiraba inconscientemente de las riendas del animal para que no se espantara ni hiciera aspavientos.

—Bien. ¿Y qué hace usted por aquí a estas horas? —preguntó el otro guardia acercándose hacia él.

—He venido por un poco de abono para el huerto. Mi mujer dice que es un excelente sustrato para la cebolla temprana.

—¿A estas horas? —inquirió uno de los guardias.

—No me dejaba menos. Vine antes de que otro se lo llevara. Bueno, en realidad, se me hizo un poco tarde y por eso estoy aquí.

—Ya, ya... Y además... el abono ha de ser recogido en luna llena. ¿No es así?

—Bueno, eso no lo sé. El caso es que me recosté un momento para descansar y me quedé traspuesto. Ese es el motivo de andar por aquí a deshoras.

—Usted nos ha dado la lata con sus correrías, ya era hora de echarle el guante —le comentó el agente que cubría la retaguardia.

—Así es, señor Marcos, ya lo dice el refrán: *tanto va el cántaro a la fuente que...*, al final se ha roto, ¿no le parece? —añadió el otro guardia.

—¡Señores, no se precipiten! Ni vengo de la fuente ni traigo cántaros. Les aseguro que no he hecho nada malo ni fuera de la ley —puntualizó el ti Marcos aferrado a las riendas de su borrica.

—¿Y qué carga a lomos del animal?

—Ya se lo he dicho, abono de oveja recogido de la pradera donde sestan —contestó prescindiendo de sus rudos modales por condescendencia a la autoridad, pues no quiso usar la expresión más vulgar de *caganechas*.

—¿Abono de pradera? —arguyó uno de los guardias.

—¿No será tal vez... de frontera? —añadió con sarcasmo el otro guardia con una pequeña carcajada mientras tocaba los sacos para hacer una comprobación.

Los dos guardias se apartaron hacia un lado y se pusieron a deliberar un momento.

—¡Muy bien! Venga con nosotros, que el abono de las cebollas esta vez no quedará en saco roto —le ordenó finalmente uno de los guardias con voz impositiva, mientras palpaba por encima la carga como antes había hecho su compañero.

Los tres se pusieron en marcha hacia la casa cuartel. Uno de los guardias abría paso, el otro caminaba detrás, mientras Marcos tiraba de las riendas del animal en el medio. Avanzaban a buen ritmo, intercambiando de vez en cuando alguna palabra que otra.

—Entonces..., con este peculiar abono, su mujer pretende tener el mejor semillero de las dos Figueruelas. ¿No es así, señor Marcos? —cuestionó el guardia que avanzaba por detrás con tono un tanto irónico.

—Así lo parece, señor guardia. Ella es muy caprichosa para los sementinos. Ya ve usted a dónde me hizo venir por el abono.

—¿Pero no le vale el abono de corral?

—Prefiere éste de campo abierto. Dice que le resulta mucho mejor al ser más suave, mullido y suelto. Ha comprobado que el cebollino y los pimientos, una vez que prenden, tiran para arriba como rayos.

—¡Ah, ya! —exclamó el guardia con tono de complacencia.

A media mañana, con el sol apretando, llegaron a la casa cuartel. El guardia de puertas los vio acercarse y

corrió la voz. Al llegar, la pareja que escoltaba a Marcos acompañó sus andares, alisaron los pliegues de la guerrera y, con el fusil al hombro, traspasaron la puerta bien tiesos y con la mirada al frente.

A los pocos minutos, el patio del cuartel era un hervidero de cuchicheos y carrerillas. En la escalera se alzaban unos guardias que, cigarrillo en boca y guerreras desabrochadas, daban una cálida acogida a sus compañeros por el golpe de suerte que habían tenido. Todos mostraban gran regocijo y satisfacción. No era para menos. Por fin habían conseguido atrapar al escurridizo contrabandista y la prueba de sus clandestinas escapadas venía ahora a lomos de su jumento. Además, por la apariencia, parecía un buen golpe, sin duda todos se podrían beneficiar. Era costumbre disuadir al contrabandista para que entregara voluntariamente parte del alijo sin que figurara en acta la totalidad del decomiso. Así, la multa solía ser más liviana y la pena más corta. Las expectativas no dejaban de crecer en la casa cuartel al ver los sacos que portaba el animal. Tantas noches al raso en tensa espera e infructuosa vigilancia se veían recompensadas ahora; un desagravio para el cuerpo y motivo de orgullo para dos compañeros que recibirían una felicitación a su tiempo.

Tras las enhorabuenas, bromas y palmadas a la espalda, se dispusieron a descargar los sacos e iniciar diligencias. Unos se prestaron para soltar las cuerdas y bajar los fardos, que notaban compactos en peso y tersos al tacto. El patio parecía en ese momento un corral de comedias. Todos los guardias bajaron de sus viviendas, mientras las ventanas se poblaron de mujeres y niños que, curiosos y expectantes, aguardaban el desenlace. Por un momento la exaltación y jolgorio aumentó entre los presentes. El

sargento miró hacia arriba y, extendiendo las manos como si intentara aplanar el aire, pidió calma y seriedad.

—¡Abrid uno de esos sacos! —ordenó al guardia que bromeaba girando el brazo como si fuera la manivela de un molinillo de café.

—¡Venga, desátalo de una vez, hombre! —murmuró desde una de las ventanas una mujer ante la lentitud para deshacer el nudo del saco.

—¡No, no lo abras, espera! —sugirió el sargento—. ¡Que los abra él mismo! —ordenó señalando a Marcos, que permanecía a un lado cabizbajo.

—Muy bien. Ya dije lo que había... —advirtió Marcos con voz turbada y con el mentón pegado al pecho a medida que se acercaba al fardo, pero nadie le escuchó en medio de las bufonadas que soltaban unos y las groserías de otros.

El pequeño hombre se acercó, clavó la rodilla en el suelo, sacó una navaja y cortó la cuerda sin soltar la boca del saco; después se incorporó y lo levantó a media altura. Todos contemplaban ávidos sus movimientos y ademanes. Marcos le infundió un par de meneos al saco con los pies, apartó la mano de la boca y comenzaron a salir bolitas tiesas y apelmazadas. Corrían en todas direcciones ante el asombro de los presentes y unas discretas carcajadas en los ventanales de arriba. Pero el entusiasmo no se hundió del todo entre la concurrencia. Imaginaron que sería un señuelo, una más de las artimañas que aquel hombre usaba para camuflar sus tejemanejes. El sargento le pidió que vaciara todo el saco e hiciera lo propio con el segundo. Marcos obedeció, duplicándose la cantidad de cagarrutas diseminadas en medio del patio. Finalmente, fue por el tercero de los fardos con algo de parsimonia.

Todos los presentes tenían puestos los ojos en el último saco, pues imaginaban que algún paquete de café iba a emerger entre las oscuras bolas de excremento. Cuando el último saco vomitó su contenido hasta la mitad, nada deseado había salido fuera. Antes de terminar el vaciado, el ti Marcos le aplicó un hábil giro circular al saco, a modo de verónica. El resto del contenido se desparramó en abanico por el suelo. Aquel hombre elevó la tela en la mano mientras miraba hacia las ventanas para poner fin a su singular faena.

—¡Olé! —se escuchó desde un ventanal, al tiempo que el sargento alzaba su rostro con el entrecejo arrugado hacia lo alto para localizar al autor de aquella voz.

El patio enmudeció y todos se mantuvieron en expectante silencio. El hombre pequeño y enjuto había burlado una vez más a los guardias que imaginaban darle la estocada final. Los rostros de los guardias se tornaron cada vez más serios. Un silencio sepulcral se cernió sobre el lugar. Desde una esquina se escaparon unas risas contenidas y a destiempo, otras más saltaron desde las ventanas superiores, mientras algunas mujeres se recogían discretamente hacia el interior ante las miradas intimidantes que algún guardia lanzaba desde abajo.

De pronto, el sargento comenzó a recriminar a los dos subordinados que habían arrestado a aquel pobre hombre. Marcos, con cara seria y respetuosa mirada, recolocaba su boina y permanecía en tensa espera. El jefe del cuartel echó una mirada incisiva a su alrededor, alzó los hombros en ademán de firmeza y con ojos saltones comenzó a emitir unas palabras adornadas de improperios. Con el mentón tieso y la mirada perdida, todos los guardias escuchaban la reprimenda de su jefe. Las ventanas se vaciaron por

completo y crujieron algunos cierres, aunque de vez en cuando aún llegaban entrecortadas carcajadas de un vano entreabierto a media altura. El sargento detuvo su arenga y dio un pisotón fuerte sobre el pavimento que retumbó e hizo cerrar los ojos a algún subordinado. La bota del sargento silenció también los murmullos a media altura, mientras todos los uniformados se mantenían inmóviles y expectantes. Marcos, con la cabeza gacha, balanceaba ligeramente su cuerpo sin mover los pies.

—¡Ya puede recoger su preciado *café* y lo tome usted en su casa en honor de estos dos incautos! —gritó el sargento fijando la mirada en Marcos y señalando con la mano a los dos guardias que lo habían traído.

Aquel hombre, menudo y vivaracho, con rostro serio pero exultante de júbilo, se dispuso a recoger la despreciada mercancía. Los guardias que permanecían en los peldaños de la escalinata se fueron recluyendo discretamente hacia el interior.

—¡Venga, vosotros dos! —advirtió el sargento a la pareja que lo había detenido—. ¡Ayudad a este pobre hombre, demonios!

Los dos agentes, cabizbajos y con el rostro ruborizado, descolgaron su máuser del hombro y se lo entregaron a un compañero mientras se disponían a llenar los sacos sin más utensilio que sus manos. El sargento se giró en ademán de retirarse, anduvo unos pasos y de repente, añadió dirigiéndose a los dos guardias.

—¡Ah...!, y no dejen de coger unos puñados de ese aromático café para celebrar en familia esta magnífica operación.

Un resoplido espontáneo, contenido y jocoso, saltó a espaldas del sargento, que miró de soslayo hacia atrás.

Tres subordinados se cuadraron de inmediato y se mantuvieron firmes con la mirada perdida en la lejanía. Allí donde la frontera se esfuma con un tenue gris azulado que unifica el horizonte a un lado y otro de la raya. Un paraje donde la vida fluye y se dispersa sin muros que la detenga; un lugar donde el hombre, como el agua en las laderas, circula sin pausa tanto de noche como de día, empujado siempre por la misma y única necesidad que le impide detenerse.